

10159 -

Iris caminó entre las callejuelas de la ciudad, los gigantes edificios estaban sumergidos en el aura multicolor que los brillantes carteles de neón proyectaban sobre ellos. En esos tiempos el mundo parecía existir a base de enormes edificios de hormigón, brillantes luces cegadoras y vallas publicitarias. Aunque, siendo sinceros, ninguna de las personas que habitaban el planeta prestaba demasiada atención a estas construcciones y juegos de luces, pues estaban demasiado ocupados centrando su atención en unos pequeños rectángulos luminosos que cabían en la palma de sus manos.

Iris escuchó un murmullo a su espalda, pero no le dio importancia, su amiga Astrid acababa de enviarle un mensaje explicándole su última cita online y nada que estuviera fuera de su teléfono móvil tenía más importancia que eso. Comenzó a grabar un audio riéndose de las estupideces que el pobre hombre le había dicho a Astrid cuando un tos débil la interrumpió, ¡interrumpiendo a su vez el audio que estaba grabando! Bajó el teléfono y levantó la mirada, fastidiada; estaba a punto de replicarle al dueño de esa tos por haber interrumpido el audio que contenía la carcajada menos falsa que había conseguido fingir en meses cuando su mirada se encontró con unos enormes y luminosos ojos verdes que la observaban con curiosidad. Un niño de unos nueve años de edad la miraba fijamente y, para su sorpresa, le sonreía. Su desordenado pelo rubio le caía en ondas revueltas sobre las orejas y la frente, una gran cantidad de pecas le cubría la chata nariz y un agujero en su radiante sonrisa revelaba que el ratoncito Pérez le había visitado hacía poco tiempo. Iris convirtió su fulminante mirada en una de desconcierto, a ella no se le acercaban la gente y mucho menos niños. A sus veintidós años su aspecto era bastante intimidante, con el largo pelo negro azabache recogido en una coleta alta que se movía descontroladamente al caminar, sus penetrantes ojos grises que miraban con enfado y desconfianza a cualquiera que le hiciera levantar la mirada del teléfono, la ropa ancha y oscura que solía usar y las botas militares que le hacían parecer dos o tres centímetros más alta de lo que era en realidad no solían atraer a mucha gente por las calles. Pero el niño la miraba con alegría, casi con cariño, como si estuviera viendo a una vieja amiga en vez de a ella.

-¡Hola!-dijo el niño con una alegría que ya revelaban sus ojos.

Iris no sabía que responder, no solía socializar con las personas, al menos cara a cara.

-¡Te estaba esperando! Me preguntaba si llegaría a encontrarte, pero ahora estás aquí y esas preocupaciones ya no importan.-exclamó el niño muy rápido, Iris se preguntó si en algún momento se tomaría tiempo para respirar.

-Perdona, pero... Creo que no sé de que me hablas.

-Ah...-el niño parecía desilusionado al ver que Iris no sabía a que se refería, pero no dejó que la desilusión le invadiera mucho tiempo y volvió a hablar con la misma vitalidad de antes-. No importa, ahora te lo explicaré todo, pero solo si me acompañas.

Iris estaba aún más confundida que antes.

-¿Acompañarte a dónde?

El niño no respondió. simplemente agarró su brazo y comenzó a correr, arrastrando a la pobre Iris con él. Giraron a la derecha, a la izquierda y otra vez a la derecha. Iris observaba todo con una cara entre la fascinación y el espanto, parecía la primera vez que miraba la ciudad, tal vez así fuera, en realidad. Tras varios minutos corriendo y esquivando a peatones entre las aceras por fin se detuvieron. Estaban frente a un parque, una explanada gigantesca cubierta de hierba verde y con un lago en el centro, Iris pensó que era precioso.

-Mira a la gente, obsérvalos con atención.

Iris obedeció y miró a cada una de las personas del parque: niños jugando a videojuegos en el césped, adultos trabajando con sus portátiles en los bancos y una pareja de enamorados, estaban espalda contra espalda, tenían los brazos entrelazados y... No se estaban prestando la mínima

atención el uno al otro, cada uno miraba la pantalla de su teléfono, absortos y con una sonrisa en los labios, la típica sonrisa tonta que pones cuando estás enamorado y hablas con esa persona, Iris no podía creerlo, estaban frente a frente, uno al lado del otro y, aún así, ¡estaban hablando por mensaje! ¿Qué estupidez era esa?

Iris volvió a mirar al niño.

-¿No te parece increíble? Toda esta gente está en este lugar tan bonito y ni siquiera están mirándolo, simplemente teclean y fruncen el ceño.

El niño sonrió con melancolía.

-Sabía que lo entenderías. Nadie se percata de la belleza del mundo, nadie se molesta en admirarlo, miran pantallas todo el tiempo y lo llaman vida.

-Es hora de un cambio, ¿no crees?

El niño sonrió y, juntos, tiraron el teléfono de Iris al lago.